

SÁBADO DE LA XIV SEMANA ORDINARIA (PAR)

Isaías 6, 1-8

Hemos escuchado la narración de la vocación y de la misión de Isaías. Isaías, a diferencia de Amós y Oseas que profetizaron en el norte, él es del reino del Sur, y profetiza en el reino del sur.

Isaías, nacido muy probablemente en Jerusalén y de familia emparentada con la casa real; experimenta en el templo la tremenda visión cuya narración hemos escuchado en el año 738, cuando tiene unos 25 años. Él ve a Dios como un monarca de altísima majestad y grandeza, encuadrado en un marco de magnificencia. Los serafines lo rodean, con himnos de alabanza que atruenan. El humo vela la escena. Ante la grandeza de la visión, hace contraste la pequeñez del que mira: **"Ay de mí, estoy perdido... he visto con mis ojos al rey y Señor de los ejércitos"**.

La grandeza del Señor, **"¿A quién enviaré?, ¿quién irá de parte mía?"**, es ya una invitación al seguimiento.

"Aquí estoy Señor, envíame".

Vocación y misión tienen un entrelazamiento absoluto.

No olvidemos, el Señor nos ha llamado en la fe a vivir su propia vida, y el Señor nos envía a proclamar esa fe, sobre todo con nuestro testimonio de vida.

Mt 10, 24-33

Seguimos escuchando el llamado discurso apostólico del Señor, es decir, la serie de recomendaciones hechas por Cristo en el primer envío apostólico, tal como las consigna el evangelista Mateo, nuestro guía en este período.

En la lectura evangélica de ayer, aunque no faltaban los ánimos esperanzadores, las previsiones de odio, persecución y muerte podían hacer que el corazón se nos encogiera atemorizado.

Jesús nos anima hoy. Se trata de seguir su camino de donación amorosa, su camino pascual, que Pablo sintetiza así: **"se entregó hasta la muerte y muerte de cruz, por eso Dios le dio un nombre sobre todo nombre"**. Por esto Jesús presenta primeramente una jerarquía de valores. Se arriesgan o se entregan valores pasajeros, pero se adquieren valores permanentes, definitivos. Luego presenta la

providencia amorosa del Padre, en cuyas manos está todo. Y por fin, la promesa de reconocimiento ante el Padre. En la antigua secuencia de difuntos, se decía hablando del juicio final: **"pobre de mí, ¿qué voy a decir?, ¿a qué abogado recurriré? Si el justo apenas está seguro"**.

Jesús nos ha dado la respuesta: *si hemos dado buen testimonio de Él, tendremos el mejor abogado, El mismo.*